

El Dios de Los Niños



En una vasta e interesantísima encuesta realizada hace poco en Francia —cuyos resultados han sido estudiados por varios especialistas en pedagogía y sicopedagogía y reunidos por Babin en el libro: “DIOS Y EL ADOLESCENTE”— se ha seguido paso a paso la evolución de la noción y del modo de conocimiento de Dios en las diversas etapas de la vida infantil.

Llama la atención cómo varía el concepto o la noción de Dios y las relaciones entre el “Yo” y ese “SER” supremo en las tres etapas que atraviesa el niño: la pre-adolescencia, la adolescencia y la post-adolescencia.

Se pudiera suponer que el niño más pequeño —el pre-adolescente— es el que concibe a Dios con elementos extraídos de su propia afectividad. Pero, para nuestra sorpresa, el Dios del pre-adolescente está concebido con ideas más objetivas y más exteriores al “yo”. Con ideas más escolares. En esta etapa el niño tiende a repetir. Repite lo que oye o lo que ha aprendido. En sus respuestas predomina la idea de Dios-Creador —el que hace todo. En esa etapa Dios se concibe en tercera persona, es “El”. El Ser Supremo. Y resulta apasionante constatar cómo esta noción de Dios del pre-adolescente está muy próxima al Dios de los filósofos y los sabios: un Dios accesible a la razón, un Dios que sostiene el mundo y lo organiza.

Al pasar a la siguiente etapa predomina una idea más subjetiva, es decir, más unida a las experiencias y a las tendencias y necesidades psicológicas del adolescente: Dios, entonces, pasa a ser el Dios-confidente, el Dios-amigo, el Dios-padre. Dios en primera persona: “Yo-mi Dios”.

Este paso de una a otra concepción de Dios es importantísimo en la historia de cada Hombre. Si al niño se le niega en ese momento inicial una noción clara y recta de su noción de Dios, entonces esa apetencia subjetiva se desvía y se reparte en mil pequeñas supersticiones y entregas ciegas a lo incomprensible. No es raro que luego viva en un estado permanente de intimidación y que en el fondo de su corazón no llegue a diferenciarse del primitivo politeísta que en cada fuerza de la naturaleza e incluso en el Guardia, en el Policía y hasta en el Portero del Ministerio vea un dios desconocido...

Es entonces —en esas etapas básicas— y no después cuando una idea clara de la noción de Dios despeja el sentido de la libertad y de la dignidad humanas y cuando el hombre-niño, es decir, en su principio, en su punto de partida —competrado de ser portador de valores eternos, entra a la vida con una seguridad interna que nada ni nadie puede sustituir jamás.

Es natural que un totalitarismo como el Comunista sepa —en nuestra época freudiana— la importancia de infiltrar o de no infiltrar la idea de Dios en ese momento en que el niño va a romper o no su cascarón de dependencia. El Comunismo dice que la creencia en Dios estorba la evolución plena de lo humano porque nos dependiza y aliena. Pero este es un disfraz sofista del verdadero objetivo marxista: El Comunismo no coloca, no ha colocado hasta ahora, lo Humano en el vacío que deja lo Divino, sino al Estado y al Partido, dioses sustitutos. Al niño no se le deja romper su bolsa de dependencia: se le sumerge en la gran bolsa uterina del Estado Totalitario, dioscanguero. El Comunismo no quiere enseñanza religiosa para el niño (y sobre todo para el niño pobre!) porque su doctrina es una doctrina de una etapa de crisis cuyas angustias e inseguridades despiertan en el hombre el instinto de ser cobijado por lo omnipotente y lo tiránico. La cortina de hierro en el orden físico tiene las mismas características que la enseñanza atea en el orden síquico: mantener la cerrazón del útero materno para que el hombre no dé el paso de la pubertad hacia su independencia. Se quiere un hombre dócil. Un hombre-instrumento.

Uno de los poetas jóvenes rusos más notables —Sloutsky— acaba de publicar un poema con un título muy decidor. Se titula “DIOS” y trata sobre Stalin.

Antaño nuestros indios llamaban Dios al Rayo, o al Huracán.

El Cristianismo en ese sentido es ateo. Nos ha liberado y nos sigue liberando de los dioses. Y nos ha revelado por la boca de Cristo que El que existe no es un Gigante que oprime, sino un Padre, cuya esencia es Amor.